

los artículos secretos relativos á los tres millones en artículos navales y á los tres navíos y tres fragatas, había un medio seguro para tener afianzada la marina veneciana.

El inmenso genio de Bonaparte, cuya previsión abarcaba de una vez todas las cosas, no quería que nos sucediese con los venecianos lo que con los holandeses; es decir, que descontentos de la revolución los oficiales de marina ó los comandantes de las islas, entregasen á los ingleses los navíos é islas que tenían bajo su mando. Principalmente atendía á las importantes islas venecianas de Grecia: Cortú, Zante, Cefalonia, San Mauro y Cerigo, dando orden inmediatamente para ocuparlas. Escribió á Tolón para que le enviasen por tierra cierto número de marineros, prometiendo pagarles los gastos y equiparles á su llegada á Venecia, solicitando órdenes del Directorio para que el almirante Brueys se presentase inmediatamente con seis navíos, con el objeto de incorporarse á toda la marina veneciana, y fuese á apoderarse de las islas de Grecia. Despachó por sí dos millones á Tolón para que no se retardase el ordenador de la marina por falta de fondos, y aun en esto infringió los reglamentos de la tesorería para no causar más demoras; sin embargo, temiendo que Brueys llegase demasiado tarde, reunió la escuadrilla que tenía en el Adriático á los navíos que halló en Venecia, mezcló las tripulaciones venecianas con las francesas, embarcó dos mil hombres de tropa, y les mandó partir inmediatamente á apoderarse de las islas. Con esto aseguraba la posesión de los puntos más importantes en el Levante y el Adriático, y se situaba en una posición que, llegando á ser cada día más importante, debía influir de un modo notable en las negociaciones definitivas con Austria.

La revolución iba haciendo nuevos progresos desde que se había fijado la suerte de Italia con los preliminares de Leoben, asegurándose la influencia francesa. Ya no podía dudarse de que la mayor parte de la Alta Italia quedaría constituida en república democrática; ejemplo muy seductor que agitaba el Piamonte, el ducado de Parma, la Toscana y los Estados Pontificios. El general francés no excitaba á nadie, pero se manifestaba dispuesto á recibir á cuantos le demandasen auxilio.

En Génova estaban muy irritados los ánimos contra la aristocracia, menos absurda y debilitada que la de Venecia, pero más obstinada aún si era posible. Francia, como hemos visto, había tratado con ella para asegurarse la retaguardia, limitándose á exigir dos millones por indemnización, otros dos en calidad de préstamo, y el regreso de las familias desterradas por su afecto á Francia; pero el partido patriota no se contuvo ya cuando Bonaparte hubo impuesto la paz al Austria. Reunióse en casa de un tal Morandi, donde había formado un club en extremo violento, que redactó y presentó una proposición al dux, solicitando modificacio-

nes en la Constitución. El dux nombró una comisión para examinarla, y entretanto hubo trastorno. Los ciudadanos de Génova y los jóvenes fogosos se convinieron entre sí, manteniéndose dispuestos á tomar las armas. Los nobles, por su parte, ayudados por el clero, excitaron al pueblo bajo, armando á los carboneros y mozos de cordel. El ministro de Francia, hombre afable y moderado, contenía más bien que excitaba al partido patriota; pero el 22 de mayo, cuando fueron conocidos los acontecimientos de Venecia, los *morandistas*, según se les llamaba, presentáronse armados y quisieron apoderarse de los puntos principales de la ciudad. Empeñóse un combate de los más encarnizados; pero los patriotas, teniendo que luchar contra todo el pueblo, fueron batidos y sufrieron crueles violencias; mientras que victorioso aquél, cometió gran número de excesos, sin tener consideración con las familias francesas, muchas de las cuales fueron maltratadas. El mismo ministro de Francia no se libró sino porque el dux tuvo cuidado de enviarle una guardia.

Apenas supo Bonaparte estos acontecimientos, comprendió que no debía demorar su intervención, y envió al punto á su ayudante de campo Lavalette para reclamar los franceses detenidos, pedir reparaciones en su favor y exigir sobre todo la prisión de los tres inquisidores de Estado, á quienes se acusaba de haber puesto las armas en manos del pueblo. El partido patriota, sostenido por esta poderosa influencia, se rehizo al momento, recobró la superioridad y obligó á la aristocracia genovesa á presentar su abdicación, como lo había hecho la veneciana. Instalóse un gobierno provisional, y se envió una comisión á Bonaparte para entenderse con él acerca de la constitución que convenía dar á la república de Génova.

De este modo, después de haber sometido al papa en dos meses, cruzado los Alpes Julianos, impuesto la paz al Austria, repasado los Alpes y castigado á Venecia, Bonaparte estaba en Milán, ejerciendo una autoridad suprema en toda Italia, esperando, sin apresurarla, la marcha de la revolución, haciendo funcionar la constitución de las provincias libres, organizándose una marina en el Adriático, y creando una posición cada vez más imponente para el Austria. Los preliminares de Leoben habían sido aprobados en París y Viena, haciéndose el cambio de ratificaciones entre Bonaparte y Mr. de Gallo, y esperábase impacientemente el principio de las conferencias para la paz definitiva. Bonaparte en Milán, simple general de la república, era más influyente que todos los potentados de Europa; los correos iban y venían sin cesar, anunciando que allí se resolvían los destinos del mundo. Los italianos entusiastas esperaban horas enteras para ver al general salir del palacio de Serbelloni. Jóvenes y hermosas damas rodeaban á la señora de Bonaparte, formando una brillante corte; y ya comenzaba aquella extraordinaria existencia que deslumbró y dominó al mundo.

CAPÍTULO IX

Situación apurada de Inglaterra después de los preliminares de paz con Austria. — Nuevas proposiciones de paz. — Conferencias de Lila. — Elecciones del año v. — Progresos de la reacción contrarrevolucionaria. — Lucha de los Consejos con el Directorio. — Elección de Barthelemy para director en reemplazo de Letourneur, director cesante. — Nuevos pormenores sobre la hacienda del año v. — Modificaciones en su administración propuestas por la opinión. — Vuelta de los clérigos y emigrados. — Intrigas y complot de la facción realista. — División y fuerzas de los partidos. — Disposiciones políticas de los ejércitos.

La conducta de Bonaparte respecto á Venecia era atrevida, pero encerrábase, no obstante, en el límite de las leyes. Había motivado el manifiesto de Palma Nova en la necesidad de rechazar las hostilidades comenzadas; y antes que éstas se convirtieran en una guerra declarada, concluyó un tratado que dispensaba al Directorio de someter la declaración de guerra á los dos Consejos. He aquí cómo la república de Venecia había sido atacada, aniquilada y suprimida en Europa, sin que el general hubiese consultado casi al Directorio ni éste á los Consejos, restando sólo notificar el tratado. Igual revolución se efectuó en Génova, sin que al parecer se consultase al gobierno; y todos estos hechos, atribuidos al general Bonaparte en mayor extensión de lo que realmente se debía, daban una idea extraordinaria de su poderío en Italia y del que se arrogaba. El Directorio juzgaba, en efecto, que el general Bonaparte había resuelto muchas cuestiones; pero no podía acusarle de haberse extralimitado materialmente en sus poderes; érale preciso reconocer la utilidad y conveniencia de todas sus operaciones, y no habría osado desaprobár á un general victorioso, que tan gran autoridad ejercía en los ánimos. El embajador de Venecia en París, Mr. Quirini, se había valido de todos los medios posibles con el Directorio para ganar votos en favor de su patria, sirviéndose de un dálmata, hábil intrigante, quien se relacionó con Barras á fin de ganar á este director. Parece que se dió una suma de seiscientos mil francos en billetes, con la condición de defender á Venecia en el Directorio; pero instruido Bonaparte de la intriga, la denunció; Venecia no fué salvada, y rehusóse el pago de los billetes. Estos hechos, conocidos del Directorio, promovieron explicaciones y hasta un principio de sumaria; mas al fin se pasó por alto todo; aprobóse la conducta de Bonaparte en Italia, y los primeros días que siguieron á la noticia de los preliminares de Leoben se consagraron á grandes regocijos. Los enemigos de la revolución y del Directorio, que tanto habían invocado la paz, para tener un pretexto de acusar al gobierno, sintieron mucho en el fondo ver que se firmaban los preliminares. Los republicanos no cabían en sí de gozo: sin duda hubieran querido la completa libertad de Italia; pero contentábase que el emperador hubiese reconocido la república (consagrándola en cierto modo). La gran masa de la población se regocijaba al ver terminados los horrores de la guerra, espe-

rando que disminuyesen las cargas públicas. La sesión en que los Consejos recibieron la notificación de los preliminares fué una escena de entusiasmo, y declaróse que los ejércitos de Italia, del Rhin y del Sambre y Mosa habían merecido bien de la patria y de la humanidad, conquistando la paz con sus victorias. Todos los partidos prodigaron al general Bonaparte las expresiones del más vivo entusiasmo, y se propuso darle el sobrenombre de *Idílico*, como en Roma se dió á Escipión el de *Africano*.

Con Austria quedaba sometido el continente; sólo restaba combatir á Inglaterra, que reducida á sí misma, estaba expuesta á verdaderos peligros. Hoche, detenido en Francfort en el momento de alcanzar sus más hermosos triunfos, mostrábase impaciente por adquirir nuevas glorias; siempre pensando en Irlanda, no había renunciado á su proyecto del año anterior. Tenía á su disposición cerca de ochenta mil hombres entre el Rhin y el Nidda, había dejado unos cuarenta mil en los alrededores de Brest, y la escuadra armada en este puerto hallábase aún dispuesta á hacerse á la vela. Una flota española, reunida en Cádiz, esperaba sólo un golpe de viento que obligara al almirante inglés Jewis á alejarse, para salir de la rada y dirigirse á la Mancha á combinar sus esfuerzos con los de la marina francesa. Los holandeses habían conseguido al fin reunir también una flota, reorganizando una parte de su armada; de modo que Hoche podía disponer de grandes medios para sublevar á la Irlanda. Proponíase destacar veinte mil hombres del ejército del Sambre y Mosa y encaminarlos hacia Brest á fin de embarcarlos de nuevo, habiendo elegido sus mejores tropas para esta gran operación, objeto de todos sus pensamientos. También se dirigió á Holanda bajo el más riguroso incógnito, propalando el rumor de que había ido á pasar algunos días con su familia. Una vez allí, vigiló por sí mismo todos los preparativos: diez y siete mil holandeses de excelentes tropas fueron embarcados en una escuadra, y sólo esperaban una señal para ir á reunirse con la expedición preparada en Brest. Si á estos medios se agregaban los de los españoles, Inglaterra estaba amenazada, según vemos, por incalculables peligros.

Pitt estaba poseído del mayor espanto: la defección de Austria, los preparativos hechos en Texel y en Brest y la escuadra reunida en Cádiz, que podía desaparecer por un golpe de viento, eran todas circunstancias alar-

mantes. España y Francia trabajaban para que Portugal se aviniese á la paz, y también podía temerse la defeción de este antiguo aliado. Semejantes acontecimientos afectaron de una manera sensible al crédito, produciendo una crisis mucho tiempo hacía prevista y con frecuencia pronosticada. El gobierno inglés había acudido siempre al banco, obteniendo de él enormes adelantos, bien haciéndole comprar rentas, ó ya descontando bonos de la Tesorería, y no pudo satisfacer las sumas sino por medio de abundantes emisiones. Sobrecogidos todos los ánimos de gran pánico y circulando el rumor de que el banco hacía préstamos considerables al gobierno, todo el mundo corrió á realizar sus billetes; y así es que desde el mes de marzo, en el momento en que Bonaparte avanzaba sobre Viena, vióse obligado el banco á pedir autorización para suspender sus pagos. Fuéle concedida, y dispensóse así de cumplir con una obligación que no era posible llenar; mas no por eso se salvaron su crédito y su existencia. Acto continuo se publicó el estado de su haber y débito: el primero ascendía á diez y siete millones quinientas noventa y siete mil doscientas ochenta libras esterlinas; y el segundo á trece millones setecientas setenta mil trescientas noventa; de suerte que su haber excedía al débito en tres millones ochocientos veintiséis mil ochocientas libras esterlinas; pero no se decía cuántos créditos contra el Estado entraban en la misma existencia. Todo lo que consistía en barras ó letras de cambio sobre el comercio era seguro; pero las rentas y los bonos de la Tesorería, que formaban la mayor parte del haber, habían perdido crédito con la política del gobierno. Los billetes bajaron en el acto más de un quince por ciento, y los banqueros pidieron á su vez autorización para pagar en billetes, so pena de verse obligados á suspender sus pagos. Era natural que se les concediese el mismo favor que al banco, y hasta parecía justo hacerlo, pues aquél era el que, rehusando llenar sus compromisos con metálico, les imposibilitaba cumplir con los suyos del mismo modo. Sin embargo, así se daba á los billetes el curso forzoso de moneda; y á fin de evitar este inconveniente, reuniéronse los principales comerciantes de Londres, y dieron una prueba notable de espíritu público y de inteligencia.

Comprendiendo que la negativa en admitir como pago los billetes del banco produciría una catástrofe inevitable, en la cual padecerían igualmente todas las fortunas, resolvieron evitarla, conviniendo de común acuerdo en aceptar los billetes de pago. Desde aquel momento Inglaterra entró en la vía del papel moneda. Verdad es que este papel moneda, en vez de ser forzoso era voluntario, pero sólo tenía la validez del papel, y dependía eminentemente de la conducta política del gabinete. Para que se amoldase mejor al servicio de la moneda, dividiósele en reducidas sumas, autorizándose al banco, cuyos billetes más pequeños eran de cinco libras esterlinas (noventa y ocho ó cien pesetas), á emitirlos de veinte y cuarenta chelines (de veinticuatro y cuarenta y ocho pesetas). Era un medio de hacerlos servir para pagar á la clase obrera.

Aunque el buen espíritu del comercio inglés hizo que la catástrofe fuese menos funesta de lo que podía serlo, no dejaba por eso de ser la situación menos peligrosa; y para que no se convirtiera todo en desastre, era

preciso desarmar á Francia, impidiendo que las escuadras española, francesa y holandesa fueran á producir un incendio en Irlanda. La familia real seguía siendo tan enemiga de la revolución y de la paz; pero Pitt, que no tenía otras miras sino el interés de Inglaterra, consideraba en aquel momento como indispensable una tregua. En un todo de acuerdo sobre este punto con lord Granville, indujo al gabinete á entablar una negociación sincera que proporcionase dos ó tres años de descanso á los trabajados resortes de la potencia inglesa. Ya no podía ser cuestión de disputar los Países Bajos, cedidos por Austria; tratábase sólo de disputar sobre las colonias, y desde este momento había medio y esperanza de entenderse. No era sólo la situación la que indicaba el deseo de tratar; la elección del negociador lo demostraba además. Lord Malmersbury era también en esta ocasión la persona designada, y á su edad no se le hubiera empleado dos veces seguidas en una vana representación. Lord Malmersbury, célebre por su larga carrera diplomática y por su habilidad como negociador, estaba cansado de los trabajos y deseaba retirarse, pero después de una negociación brillante y feliz. Ninguna podía ser más digna que la pacificación con Francia después de aquella horrible lucha; y si no hubiera tenido la certidumbre de que su gabinete quería la paz, no hubiera consentido en representar una farsa cuya repetición era ridícula. Recibió en efecto instrucciones secretas, que no le dejaban la menor duda. El gabinete inglés pidió pasaportes para su agente, y de común acuerdo se fijó el punto de las conferencias, no en París, sino en Lila.

El Directorio prefería recibir al ministro inglés en una ciudad de provincia, porque temía menos sus intrigas, y éste por su parte, deseando no presentarse ante un gobierno cuyas formas tenían cierta aspereza, prefería tratar por medio de sus agentes.

Eligióse, pues, Lila, preparando por una y otra parte una legación solemne, sin dejar por eso Hoche de continuar con afán sus preparativos, para dar mayor autoridad á los negociadores franceses. Así, Francia, victoriosa por todas partes, se hallaba en tratos con las dos grandes potencias europeas, acercándose á la paz general.

Tan plausibles y gloriosos acontecimientos hubieran debido infundir solamente alegría en todos los ánimos; pero las elecciones del año v acababan de dar á la oposición un peligroso apoyo. Ya hemos visto cuán incansables trabajaban los enemigos del Directorio al acercarse las elecciones, en cuyo resultado había tenido gran parte la facción realista, que si bien perdió tres de sus principales agentes, con el arresto de Brottier, La-ville-Heurnois y Duverne de Presle, no era un mal muy grande, pues reinaba entre ellos tal confusión, que no podía aumentarse por perder á sus corifeos. Seguían dos asociaciones; una compuesta de los hombres decididos y capaces de tomar las armas, y otra de los moderados, que sólo servían para votar en las elecciones. La agencia de Lyon permanecía intacta, y Pichegrú, que conspiraba por su cuenta, seguía en correspondencia con el ministro inglés Wickam y el príncipe de Condé; de suerte que las elecciones, producto de todos estos intrigantes y especialmente del espíritu reaccionario, tuvieron el resultado que ya se había previsto. Casi



CAMILLO JORDÁN

todo el segundo tercio se formó, como el primero, de enemigos del Directorio, por amor al trono ó por aborrecimiento á los terroristas. Es verdad que los realistas no eran muy numerosos; pero, según costumbre, iban á servirse de las pasiones de los demás. Nombróse á Pichegrú diputado por el Jura. En Colmar se eligió á un tal Chemblé, corresponsal de Wickam; en Lyon, á Imbert-Colomé, uno de los individuos de la agencia realista del Mediodía, y á Camilo Jourdan, joven de muy buenos sentimientos, de imaginación viva y de ridícula saña contra el Directorio; en Marsella, al general Villot, sacado del ejército del Océano para mandar en el departamento de las Bocas del Ródano, y que en vez de reprimir á los partidos, se dejó seducir, tal vez sin saberlo, por la facción realista; en Versalles, á un tal Vauvilliers, comprometido en la conspiración de Brottier y destinado por la agencia para administrar los abastos; en Brest, al almirante Villaret-Joyeuse, enemistado con Hoche y por consiguiente con el gobierno á causa de la expedición á Irlanda. Otra porción de elecciones se hicieron por este estilo, aunque no eran todas tan alarmantes para el Directorio y la república. Nombróse diputado por un departamento al general Jourdan, que había dejado el mando del ejército del Sambre y Mosa, después de los contratiempos de la anterior campaña; persona digna de representar al ejército en el cuerpo legislativo y de lavar la mancha con que la traición de Pichegrú iba á deshonrarle. Por una chocante singularidad se eligió á Barrere por el departamento de los Altos Pirineos.

Los nuevos diputados se dieron mucha prisa á ir á París, y mientras llegaba el 1.º pradiar, época en que debían instalarse, se les llevaba á la reunión de Clichy, que diariamente se hacía más tumultuosa. Los mismos Consejos no se mostraban ya tan severos; y al ver que se acercaba el instante de recibir un refuerzo, los individuos del primer tercio comenzaban á salir de la reserva en que se habían encerrado hacía quince meses. Hasta entonces seguían á los constitucionales, es decir, á los diputados que pretendían no ser amigos ni enemigos del Directorio, y que afectaban no atenerse sino á la Constitución, ni combatir al gobierno más que cuando se apartaba de ella. Este sistema había dominado sobre todo en el Consejo de los Ancianos; pero á medida que se acercaba el día de la unión, la oposición usaba de un lenguaje más amenazador en los Quinientos. Oíase decir que los Ancianos habían dirigido demasiado tiempo á los Quinientos, y que éstos debían dejar la tutela. He aquí por qué en el club de Clichy, lo mismo que en el cuerpo legislativo, el partido que iba á tener mayoría manifestaba su regocijo y audacia.

Engañados los constitucionales, como todos los hombres que desde la revolución se dejaron comprometer en la oposición, creían que iban á ser los jefes del movimiento y que los recién llegados serían un refuerzo para ellos. A su cabeza estaba Carnot; arrastrado cada vez más en la falsa dirección que había seguido, no cesaba de apoyar en el Directorio el parecer de la mayoría legislativa. En la discusión de los preliminares de Loeben, particularmente, había manifestado una animosidad contenida hasta entonces en las conveniencias, apoyando con un celo que no debía esperarse de su vida pasada las concesiones hechas al Austria. Cegado Carnot

por su amor propio, creía conducir á su antojo el partido constitucional, ya en los Quinientos ó en los Ancianos, y no veía en los recién elegidos más que nuevos partidarios. En su afán por reunir los elementos de un partido del que esperaba ser jefe, trataba de relacionarse con los más notables diputados nuevos. Hasta se anticipó á Pichegrú, que procedía de mala fe con todos los individuos del Directorio, y fué á visitarle. El general no correspondió bien á su atención, manifestándole sólo desvío y casi desprecio. Carnot se había relacionado con otros muchos representantes del primero y segundo tercio, y su morada del Luxemburgo llegó á ser el punto de reunión de todos los individuos de la nueva oposición; de modo que sus colegas veían llegar diariamente á su casa á sus más irreconciliables enemigos.

La gran cuestión era la de elegir un nuevo director; la suerte designaría el individuo que debía cesar; y si le tocaba á Larevelliere-Lepeaux, Rewbell ó Barras, cambiaría la marcha del gobierno, pues el director nombrado por la nueva mayoría no podía menos de votar con Carnot y Letourneur.

Decíase que los cinco directores se habían entendido para designar cuál de ellos saldría, que Letourneur estaba conforme en resignar sus funciones, y que el escrutinio sería sólo simulado. Esto era una suposición absurda, como todas las que generalmente hacen los partidos: los cinco directores, excepto Larevelliere, tenían mucho amor á su destino; y por otra parte, Carnot y Letourneur, que esperaban ser los dueños del gobierno si tocaba salir á cualquiera de sus tres colegas, no podían renunciar espontáneamente su cargo. Hubo una circunstancia que pudo dar peso á este rumor. Los cinco directores se habían convenido en que el que saliese recibiría de cada uno de sus colegas una indemnización de diez mil francos, que ascendería á cuarenta mil, para que los directores pobres no pasasen repentinamente de la cumbre del poder á la indigencia. Este convenio hizo creer que para decidir á Letourneur habían acordado sus colegas cederle parte de sus sueldos; pero, sin embargo, no era cierto. También se decía que se había tratado hiciese su dimisión antes del 1.º pradiar para que el nombramiento del nuevo director se hiciese antes de que entrase el segundo tercio en los Consejos; combinación que era imposible con la presencia de Carnot.

La sociedad de Clichy no omitía diligencia alguna para prevenir estos arreglos, y trató de que se presentase en los Quinientos una proposición con objeto de obligar á los directores á que sacasen públicamente la suerte; proposición inconstitucional, porque la Constitución no expresaba el modo de verificarlo, y descansaba respecto á su formalidad, en el interés de cada director; sin embargo, fué aprobada por los Consejos. El director Larevelliere-Lepeaux, que tenía poca ambición, pero mucha entereza, expuso á sus colegas que esta medida era una mengua en sus prerrogativas, obligándoles á no reconocer su legalidad. El Directorio, en efecto, respondió que no se efectuaría por ser inconstitucional, y los Consejos le replicaron que no podía juzgar de las decisiones del cuerpo legislativo. El Directorio quiso insistir y responder que la Constitución se ponía por un artículo fundamental bajo la salvaguardia de cada poder, y que el ejecutivo estaba obligado á no